

## Cultura a la contra

## Lobotomía, por favor

Cada vez tenemos menos capacidad para aguantar la tragedia. Debe ser por la inexistencia de un medio que la espectacularice, que la haga asimilable: la tragedia ha abandonado el teatro, el cine, la música, y se ha convertido en un hecho cotidiano, diario, de la calle. Y así no hay manera de vivir: con una tensión constante, con una especie de neurosis de guerra permanente, y sin posibilidad de aliviarla de ningún modo, sin manera de salir de ella. Las emociones afluyen, monstruosas y horribles, y no hay donde descargarlas. El horror de la calle, llena de policías y ladrones, se ve seguido por el horror de los cubículos más o menos privados donde nos refugiarnos, en familia o en pareja, pero siempre irremediablemente solos.

Nos queda una sola solución, claro, la de siempre: la droga, en cualquiera de sus aspectos. Algo que nos haga olvidar la durísima realidad, porque ya no hay cómo canalizarla. De la droga se ha hablado mucho, casi siempre desde un punto de vista ideológico: a favor, o en contra. Y ahora se nos descuelgan Enrique Galán y Nacho P. Piñó con un librito —casi un panfleto—, que se llama "Gastronomía de las Drogas", y que edita Zero-Zyx. Es un libro muy sencillo, bastante mal escrito, y en extremo interesante. Porque estos chicos prescindían de ideologías, precisamente, y se limitan a contar lo que pasa. Y lo que pasa, en ese terreno como en los demás, es bastante desagradable. Nos demuestran que la droga tampoco sirve como pantalla, que los botes de humo sólo los usan los malos, y que cuando los buenos queremos utilizarlos se nos vuelven en contra. Se pasan un poco, claro, porque quieren ser didácticos. El panorama de esta historia horrible que nos dan, queda en exceso ensombrecido. No es verdad que todos los usuarios de coca acaben paranoicos, ni tampoco es verdad que todos los alcohólicos mueran de cirrosis. Todo es un problema de saber usar los productos que tenemos a mano, y de no dejar que ellos nos usen a nosotros. Y todo, en el fondo, es un problema de clases sociales y económicas: no es igual el señor que se fuma varios porros al día, y que tiene su tate riquísimo y nepalí guardado en la nevera para que no pierda propiedades, que el grifote ex legionario que se coloca con "kifli" de quinta o decimoséptima categoría, lo mezcla con aguardiente barato —el mejor aguardiente, por cierto, es el más barato— y luego monta broncas en los bares porque no le quiere nadie.

Además, ya es hora de que se deje de hablar de "las drogas" en general en el mismo libro. Ya sabemos —estamos hartos de saberlo— que el chocolate y la coca no son lo mismo. Entonces, ¿por qué no poner cada cosa en su sitio? Pantallas antirrealidad son casi todas esas cosas, pero también lo son los periódicos, la TV (E), la radio con sus cuarenta principales y toda la información que se nos da. Haría falta un análisis serio y meditado de la droga como medio de información, y de cualquiera de las drogas que conocemos como medios de información diferentes. Porque transmiten informaciones, visiones concretas de lo real; nos aumentan el caudal de datos —casi todos falsos— que tenemos sobre el mundo en que vivimos. Y su uso y consumo está dirigido por la misma trama negra internacional que domina los demás medios de información.

Una de las cosas buenas que tiene el libro de Galán y Piñó, es que también habla de las drogas permitidas, del alcohol y del tabaco, por ejemplo. Porque nadie habla nunca de eso como drogas, por la muy sencilla razón de que están permitidas por la Ley y la Policía no las persigue. O hasta cierto punto: la embriaguez en la vía pública es uno de los supuestos "deltos" incluidos en la siniestra Ley de Peligrosidad Social, pero quien va a la cárcel por ello no es jamás un chico fino y de buena familia, sino el borracho de barrio, el currante o el parado que beben para olvidar la angustia de vivir cada día en un mundo muy difícil.

La droga ha sustituido al espectáculo, y la química se ha convertido en un dios del placer. No soportamos la vida, y tenemos que escapar de ella. Los que somos conscientes de ello pedimos lobotomía, por favor. O una tanda de electroshocks que nos dejen imbéciles para siempre. ■ EDUARDO HARO IBARS.

Hace algunas consideraciones que resultan de un realismo que a muchos les parecerá demasiado pesimista, pero que debían hacernos pensar: "Nuestro tiempo —dice Marías— se obstina en olvidar que hay males inevitables, que ninguna organización social, política ni económica pueden remediar". ¿Es cierto que hay males imposibles de curar, y ante los cuales el hombre tendrá siempre que considerarse impotente año tras año y siglo tras siglo?

El tema de la utopía realista parece que le escape, así como el análisis de ciertos trabajos importantes de la actual teología. Y, sin embargo, me parece imprescindible leer este libro y meditar sus agudas sugerencias, sobre todo a quien sea progresista, para evitar caer en simplismos e ingenuidades. Si pensamos de otra manera que Marías, sirvan al menos de llamada de atención su libro, para no ser los españoles tan superficiales ni tan papanatas de cualquier moda intelectual o religiosa. Si hemos de pensar por nuestra cuenta, hagámoslo de verdad y no repitiendo la última frase que está hoy de moda. ■ E. MIRET MAGDALENA.

## La triste y cándida historia de una generación cansada

¿Cansada de qué, si no ha envejecido?

La respuesta está en el libro de Rosa Montero Crónica del desamor, publicado por Debate, en Madrid, y arropado con una publicidad que se da de bruces con el contenido y la intención del volumen. No se puede subrayar la importancia de un texto literario incitando al lector que debe comprarlo "para amar más a Rosa, si cabe". El amor se hace, se tiene, se ejecuta, se comparte o se niega: jamás se dice. La editorial, responsable de esta publicidad, diagramó su amor con esquemas decimonónicos.

La respuesta sobre la pregunta del cansancio la dan las mujeres que hablan ininterrumpidamente, como seres humanos desencantados, solos, desamados, cargados de responsabilidades fami-



Rosa Montero.

liares, llenos de preocupaciones profesionales, hartos del mundo circundante, acosados por el machismo, eliminados por la estructura que hace que la nuestra sea la sociedad del desamor.

¿Cómo contar la historia de la frustración de una generación de mujeres que se siente así ante la vida, que cobra la conciencia de sexo que jamás existió? Rosa Montero pudo haber adaptado a su dócil tejería literario multitud de retruécanos, influencias, trucos, tics, elementos dramáticos o cinematográficos. Pero prefirió narrar la triste y cándida historia de personas extraídas de la realidad, desde el caso patológico del médico que desconoce los rudimentos más elementales de la anticoncepción, hasta la Olga que vuela —viaja en tren, en autobús, en barco: vuela— a la India para decir adiós a todo esto.

Con esos rudimentos elementales, lo que hizo Rosa Montero fue poner en práctica toda la teoría literaria que se encierra en esta frase fundamental de su libro. El Zorro, un personaje de la noche de Madrid, un ser espectacular que da vida a ese melodrama constante que es la madrugada, se corta las venas en público. Ana, trabajadora en periódicos, enamorada del director de la publicación, madre separada con un hijo pequeño, hace un mohín de indiferencia. "Y Ana se sorprende a sí misma —escribe Rosa Montero— observando con extra-